

IV

DE LO QUE VIÓ Y OYÓ EL CABALLERO BERNARDO

Tomada su resolución, que podía ser calificada de temeraria y aun mejor de loca, pues Bernardo no conocía París ni tenía en la capital amistad alguna, ni le era por lo tanto posible interesar á nadie en sus proyectos, el caballero, en vez de retirarse enseguida como hubiera sido lo natural, comenzó á sondear las paredes del salón con el pomo de su espada.

¡Quién sabe! La fuga de los dos cómplices podía muy bien no ser más que un simulacro. El sonido de la puerta era macizo; tal vez esa puerta estaba simulada. Era preciso verlo todo, examinarlo todo; en aquella singular vivienda esperaba Bernardo, á pesar de todo, encontrar alguien ó algo... Quizás los dos fugitivos, muertos de miedo y escondidos en algún rincón insospechado. A falta de ellos bien podía suceder que tropezase con un nuevo secreto que serviría para alimentar su batalladora actividad de enderezador de en-

tuertos y defensor de los oprimidos. Y golpeando sin violencia el revestimiento, en el que un adorno de estuco dibujaba los meandros de una guirnalda de flores y de hojarasca, decíase perplejo:

— ¿Qué hacer, Señor, qué hacer? Llamar en el hotel de los Villanueva y avisar á la marquesa de lo que sucede... ó bien buscar á Matraca, montar á caballo y hacer que el marqués se entere de lo que contra él se trama por medio de Glorieta? Veamos el primer medio. La castellana de Bonaguil es descendiente del señor Pedro Terrail, según me han dicho; luego tiene sangre de Bayardo en las venas. Esto quiere decir que apenas pronunciada por mí la primera palabra, capaz sería de empuñar la espada del caballero sin miedo y sin tacha, y llamar al pueblo en socorro de su esposo... El pueblo, naturalmente, se levantaría en sedición, y como si lo viera correría la sangre, inútilmente sin duda... No: este proyecto no ofrece garantía alguna de éxito. Pásemos al otro. Avisar á Glorieta... bueno, pero ¿cómo, si no sé dónde encontrarla? Y suponiendo que la encuentre, expongo á terribles venganzas á esa pobre niña, ya bastante desgraciada... Porque claro es que de obedecerme se ponía en abierta revelión contra Catalina de Médicis, la más vengativa de las mujeres... Verdad es que el rey no debe estar al corriente de la infamia que se prepara; pero esa mujer es su madre... No; el segundo proyecto no vale más que el primero. Debo pues atenerme á mi primera resolución y á ella me atengo; iré solo, sin nadie que me ayude. Aunque sean diez los asesinos, aun cuando sean veinte, mi espada

me bastará para dar cuenta de ellos. ¡Ventre del diablo! ¿donde estaría el mérito de mi acción si esta no fuese empeñada?

Si en el instante en que así hablaba hubiese alguien podido penetrar en la conciencia de nuestro caballero y enterarse de los proyectos que meditaba, no habría dejado de estremecerse, pensando que se trataba de un héroe ó de un loco.

Y sin embargo, Bernardo de Arma estaba en el pleno uso de sus facultades mentales, y gozaba por anticipado saboreando, por así decirlo, las peripecias de la próxima batalla.

Cierto es que hubiera preferido saber que en la lucha intervendrían tan sólo las espadas, porque es lo cierto que él no sabía qué ataques imaginar contra los martillos, tenazas, dagas y demás armas empleadas por Piel-negra el atormentador. Pero ¡bah! llegado el momento ya sabría él cómo salir del paso de modo á causar el mayor daño posible á sus adversarios. Además, como un día ú otro le hubiera sido indispensable ir á Vincennes para ver de nuevo á Glorieta, que como ya sabemos vivía allí con su padre el carcelero, quiere decir que la visita haríala más pronto de lo que él mismo pensara, y eso era todo.

Como puede y debe suponerse Bernardo habíase hecho las reflexiones que anteceden, sin abandonar ni por un momento su ocupación de golpear las paredes y rincones del salón, que respondían á sus golpes produciendo siempre el mismo ruido de cosa maciza y llena.

Pero he aquí que de pronto, uno de los gavilanes de su espada chocó en una de las rosas que componían la guirnalda de estuco, y el caballero hubo de hacerse atrás de un salto, yendo inmediatamente, y por providencial inspiración, á soplar la lámpara que ardía sobre un velador, á su derecha.

Fué, como decimos, una inspiración providencial. De no apagar la luz habríase visto indefectiblemente descubierto por la numerosa y alegre concurrencia reunida en el salón contiguo, de la cual le separaba tan solo en aquel momento una finísima tela de hierro. La cara exterior de esta trama metálica, tejida desigualmente, pues sus mallas aparecían muy apretadas en algunos sitios y bastante menos en otros, debía servir de soporte á una pintura mural pues su transparencia ofrecía desigualdades no exentas de gusto artístico.

El cáliz de la rosa ocultaba un resorte secreto. Tocado por el gavilán de la espada del mancebo, todo el tablero que disimulaba el reverso de esta cota de mallas mural acababa de replegarse hoja por hoja, como sucede con las de una persiana.

De justicia es confesar que la reputación de discreta de que gozaba la casa de la Pulpa era de las menos merecidas. Por lo que acabamos de decir comprenderá el lector fácilmente qué clase de medios empleaba la digna y gelatinosa dama para enterar al Prevostazgo de Paris de lo que pasaba ó se decía en cada una de las habitaciones de la casa de las Miñonas, aun en aquellas en que los ocupantes habían tenido la precaución de correr el cerrojo.

El salón así descubierto á los ojos atónitos de Bernardo de Arma por virtud de un mecanismo de lealtad muy discutible, — pero que resultaba verdaderamente útil en aquellos tiempos de conspiraciones para tener al corriente de cuantas intrigas se tramaban á la policía del reino, — era precisamente la segunda habitación de la fachada posterior, la misma que tomaba luz por el sobradillo, la que durante más de dos horas había intrigado á Bernardo á causa del ruido que las personas que la ocupaban producían, al divertirse algo más tumultuosamente de lo que permite la decencia.

Escrito estaba sin duda que en aquella noche memorable todos los sentidos corporales de Bernardo debían ser puestos á contribución de modo inesperado.

Había en efecto ante todo hecho él mismo un llamamiento al testimonio de sus ojos, recusándolo después, con gran entereza, cuando estuvo á punto de extinguirse la última luz que brillaba en las ventanas del hotel vecino; luego hubo de encomendar á sus oídos la tarea de oír el coloquio de los dos conspiradores que tramaban un asesinato; y por último, en el momento en que iba á serle dado hacer trabajar de consuno con toda seguridad su oído y su mirada, he aquí que su olfato, herido por apetitoso olorillo de ricos manjares, fué el primero en operar un reconocimiento á través la tela metálica de que hablamos antes.

No parecerá tal vez muy gallarda la actitud de un caballero que se ocupa en olfatear ávidamente. Téngase sin embargo en cuenta que ese caballero era joven, que llevaba muchas horas sin comer, y que se

hallaba de pronto frente á frente de los restos, muy apetecibles por cierto, de un banquete pantagruélico.

Júzguese si en tal situación le sería preciso violentarse para acallar las imperiosas voces de su estómago vacío. Comparado con el que hubo de soportar entonces Bernardo, el suplicio de Tántalo debió ser una tontería. Y si Matraca se hubiese hallado en el lugar del caballero, posible es que al aspirar los suaves y apetitosos olorillos hubiese abjurado enseguida su fé de cristiano, si para acallar su hambre se le hubiera exigido tal sacrificio.

Sin abjurar absolutamente nada, Bernardo cometió la heroicidad de olvidarse de su apetito.

Entonces, lo mismo que poco antes, quería saber, deseaba oír.

El salón inmediato hallábase brillantemente iluminado y muy concurrido.

Hallábanse en él como unos catorce pisaverdes de la corte, y hasta una media docena de mujeres, sin contar en este número las dos sirvientas, que parecían formar parte asimismo de la regocijada sociedad.

Bernardo no pudo contar exactamente los comensales, y se resignó á esperar á que hablasen, para grabar en su memoria voces y fisonomías.

Todas las mujeres eran jóvenes y hermosas, y aunque de diferente condición social, pues entre ellas había grandes damas, burguesas, gitanas y bellaconas, fraternizaban todas en aquella atmósfera de vicio y de lujuria que parecía hacerlas iguales.

— ¡Pulsa la viola, Fiamma, — decía un barbilindo

rubicundo que apoyaba sus piernas en una butaca caída; — y tú, Isis la hermosa, hija de Satán, sigue bailando, que dijérase que tus piernas nos aportan la alegría.

— Señor de Maugiron, — contestó la interpelada en segundo lugar, — bien sabéis que no soy hija de Satán; llámase Ripaudier mi padre, y sabed que es duque.

Una carcajada general acogió estas orgullosas palabras.

— Duque egipcio; — exclamó uno apurando su vaso. — Nobleza gitana. Llévase la peste tus pretensiones, dulce Isis, y sepamos si tu padre, Fiamma, no es por casualidad un príncipe...

Fiamma, una mujer soberbia, de aterciopelada mirada, abandonó su viola para contemplar al preguntón.

— Mi padre, — dijo con gran calma, — es tal vez príncipe, ó duque, ó quizás nada más que conde como vos, señor de Saint-Megrin; pero sea lo que fuere, si su rango os es desconocido, conocéis en cambio á Salem-Kebir, y ése es mi protector.

Penoso silencio siguió á las palabras de la joven; ninguno de los allí presentes se atrevió á bromear á costa de Salem-Kébir, personaje tan temido como el mal de ojo.

Pero aquello duró poco. Un joven señor de roblizo aspecto, que hablaba con pronunciado acento germano, exclamó enseguida :

— Después de todo, señores, poco debe importarnos la filiación de nuestras alegres compañeras, con tal de

que les guste beber con nosotros. ¿No te parece, de Entragues, que estoy en lo cierto?

El interpelado se encogió de hombros.

— Tienes una extraña manera de observar la belleza femenina á través la botella, amigo Schomberg, — dijo. — Yo detesto la borrachera en el hombre; y por lo que respecta á la mujer, la intemperancia me la hace sencillamente odiosa.

El corpulento Schomberg inició un ademán vago.

— Afortunadamente, — dijo apurando su vaso — tú eres aquí el único que opina de ese modo, querido conde. Puede que tus amigos se callen por prudencia, pero apelo al testimonio de la encantadora amiga del más loco de nosotros...

— ¡ Ayela! — gritaron varias voces.

— ¿Qué hay? — preguntó la que respondía á nombre tan singular, y que era una de las tres damas cuyas almidonadas gorgueras y lujosos trajes podían figurar dignamente en las fiestas palatinas.

— Schomberg desea haceros una pregunta.

— Guárdeos el cielo de escucharlo, Ayela; ese hombre es un apasionado, aun cuando no lo parece.

— Y cuando le da por estar enamorado...

— No creáis una sola palabra de todo eso, deliciosa condesa. Lo que hay es que esos señores desearían obtener vuestro silencio en provecho de de Entragues que no es más que un traidor; — dijo violentamente el gentilhomme lorenés congestionado.

— ¿Un traidor? A ver, á ver cómo se explica eso.

— Nada tan sencillo; — dijo interviniendo un hom-

brecillo contrahecho. — Yo, Chicot, me declaro partidario del señor de Schomberg, y declaro solemnemente á Carlos de Balzac, conde de Entragues aquí presente, culpable del delito de lesa galantería.

Ninguno de los allí presentes parecía comprender las palabras del contrahecho.

— Chicot, tú deliras, — exclamó uno.

— Te conviertes en bufón, Chicot — añadió otro.

— Lo seré, no lo dudéis, cuando ese imbécil de Sibillot tenga á bien abandonar un empleo que deshonra con su incompetencia (1). Mientras ese día llega, sabed que hablo muy juiciosamente.

— En tal caso, obligado estás, parlanchín, á probar lo que aseguras.

— Y lo pruebo. ¿Es acaso que desde que estamos aquí reunidos se ha dignado el señor conde de Entragues conceder una sola mirada, mirada de interés naturalmente, á las encantadoras personas cuya compañía nos embriaga á todos, excepto al señor de Schomberg que sólo se embriaga con vino?

— ¡Es verdad! ¡Es verdad! — dijeron varias voces.

— Apelo á vuestra buena fé, señor de Mercœur; — continuó el hombrecillo. — ¿No ha vuelto la cabeza al notar cerca de sus labios el brazo alabastrino de la señorita de Limeuil, que tenéis enfrente?

— Sí, pardiez, sí que la ha vuelto.

(1) Frase histórica y en cierto modo profética pronunciada por Chicot I quien más tarde debía ser bufón de Enrique IV, sucesor de Enrique III cerca del cual desempeñaba Sibillot las mismas funciones.

— Confesad, señor de Epernon, y vos señor de Mau-giron, que el conde cerró los ojos mientras danzaba Isis la hermosa, cuyas piernas nos parecen una bendición de Dios.

— Lo cierto es, — dijo uno de los aludidos — que Balzac parecía hallarse á cien leguas de tan celeste visión.

El enano proseguía implacable.

— Y aquí están los señores de Libarot, de Quelus, de Joyeuse y de Riberac, que no me desmentirán si afirmo que todos los mimos de la señorita de Saint-Remy no han conseguido poner de buen humor al conde, quien además casi se ha enfadado, acordaos, al encontrarse aprisionado entre los hombros, por demás seductores, de Faustina y de Mariola, las sirvientas fortuitas de la incomparable señora Pulpa.

— ¡Es cierto! ¡Es cierto! ¡Es cierto! — gritaron á coro los concurrentes.

— Ese diablo de Chicot tiene una mirada verdaderamente inquisitorial, — concluyó uno de los comensales.

No era solo Chicot quien observaba atentamente los hombres y las cosas. En aquel mismo instante, y al abrigo de la tela metálica, Bernardo de Arma abría demesuradamente sus ojos, mientras de sus labios se escapaban estas palabras:

— ¡Son esos los pisaverdes, los meninos, los miñones cuya detestable reputación llegó hasta mí, en el fondo de la Gascuña, y aun en tierras de Italia!... Pues gracias doy á mi buena estrella que me los hizo

conocer. ¡Ventre del diablo! ¿Por qué, á distancia, hemos de formarnos una tan exagerada opinión de los cortesanos? ¡Cuán diferentes vistos de cerca! ¡Cómo pierden cuando se les conoce!...

Si bien nuestro caballero juzgaba en aquel momento de los cortesanos en general, hubo de reservar su opinión por lo que respecta al conde de Entragues. Era Bernardo de Arma observador reflexivo, y no podía concebir que tras la hermosa frente de pensador del hombre á quien con tan notoria irreverencia trataba el hombrecillo contrahecho, no se agitasen más nobles ideas que las ineptas ó fútiles que parecían constituir el patrimonio de sus compañeros de placer.

Una cosa intrigaba al caballero. En su oficiosa presentación, en su enumeración, en verdad copiosa, el enano habíase abstenido de repetir el nombre de Fiamma, la tocadora de viola, la protegida del físico Salem-Kebir, como tampoco había nombrado á un comensal con quien Fiamma ocupábase precisamente en aquel momento en un incomprensible trabajo de seducción. ¿Por qué? Proponíase Bernardo observar atentamente aquella pareja y concentrar en ella su atención, cuando llegó á distraerla la voz chillona de Chicot, que continuó perorando.

— Creo, señores, que el delito queda plenamente probado. Ahora añadiré que si por casualidad esta noche se hubiese deslizado entre nosotros algún espía, la actitud del señor de Entragues no hubiera dejado de sernos perjudicial.

— ¿Cómo es eso, Chicot?

— ¡A ver, luz! ¡haz luz en el asunto, porque la verdad, no vemos claro!

— Pues sencillamente, señores, — declaró el hombrecillo, — porque con esa actitud parece acreditar los rumores que por París circulan acerca de cada uno de vosotros.

— Y esos rumores nos acusan de...

— De huir de las mujeres como de la peste.

Un grito formidable de protesta se elevó entonces. Con él mezcladas, vibraron en el aire algunas frases enérgicas.

— ¡Eso es una calumnia vergonzosa!

— ¡Una abominación!

— ¡Nosotros miñones! ¡Qué disparate!

— ¡Es en el Louvre donde se encuentran!

— ¡O en el hotel de Lorena!

En este momento se levantó el conde de Entragues, cuya elevada estatura parecía dominar la asamblea.

— ¡Escuchadme! — dijo con voz sonora.

Todo el mundo se calló.

— No hay porqué armar tanto ruido. Me reconozco culpable de no haberme ocupado debidamente de estas señoritas, proporcionando con ello á Chicot una de esas ocasiones que él busca siempre para hacer frases mortificantes. Sin embargo, — anadió el conde, — cuando sepáis que me debo á unos amores, el objeto de los cuales no está aquí, comprenderéis que no me era posible cortejar á estas amables compañeras, sin engañarlas ó sin mostrarme perjuro.

— ¿Y quien es la feliz beldad que ha logrado cautivarte? — preguntó una voz.

— Permittedme que calle su nombre por ahora.

El enano interpeló al conde.

— Calladlo si queréis, — dijo, — pero permittedme que lo diga yo, para satisfacer la curiosidad de estos señores que están deseando saberlo.

— ¡Cállate! — ordenó el conde.

— ¿Es eso un ruego?

— No; es una orden.

— En ese caso hablaré.

— Te digo que te calles, aborto del infierno.

Y al decir esto, de Entragues se lanzó para poner su mano abierta sobre la boca del enano. Pero éste, insinuándose entre los grupos tuvo tiempo de poner la mesa entre su perseguidor y él.

— Hablaré, hablaré, — decía sin dejar de correr en torno á la mesa. — Se trata de la señorita Yannie de Goulaine, la hija adoptiva del Canciller... ¡Ah! estas endiabladas piernas... No soy yo quien habría podido ganar la carrera del jardín de las Hespérides... Esa señorita, conde, moriría de vergüenza si os viese perseguir de este modo... Pues señor, creí que mis pulmones eran más sólidos... perseguir así... nada, que no puedo hablar... á un gentilhombre mal conformado...

La casualidad quiso mostrarse propicia al enano. En el momento en que de Entragues iba á alcanzarlo abrióse bruscamente la puerta del salón, dando paso á un nuevo gentilhombre que introducía la Pulpa.

Chicot, realizando una nueva diablura, lanzóse sobre la corpulenta mujer y se refugió en los pliegues de su falda, encerrándose en ella como en una alcoba.

Terminóse pues la persecución del modo más imprevisible, pues mientras el enano buscaba un asilo entre las faldas de la Pulpa, de Entragues se detuvo para tender la mano al recién llegado, cuya presencia fué acogida con generales aclamaciones.

Sin duda alguna el nuevo huésped del salón debía ser el rey de los locos, el admirado jefe de la juventud cortesana, el amigo, en fin, de la condesa Ayela de quien hablara poco antes el corpulento Schomberg.

Era él en efecto. Rolando, conde de Armañac, duque de Saboya-Nemours y primer gentilhombre de cámara desde poco tiempo antes, desde que ganara definitivamente el proceso que había debido sostener ante el Parlamento para la validación de sus títulos.

Porque es de advertir que si aquel afortunado mortal, secretamente apoyado por el poder oculto de Catalina de Médicis de quien era favorito inconfesado, lograba al fin ostentar en sus robustos hombros de veinte años el peso aplastante de sus títulos sonoros y de sus nombres aristocráticos, su trabajo le había costado, pues hasta el último momento le fué contestado el derecho á usar unos y otros. Si triunfó en toda la línea, fué porque quedaron declarados inadmisibles los testimonios de dos principales adversarios. Estos eran Salem-Kebir, físico del canciller, y un tal Montel, llamado por mal nombre Cortomontel; y por no ser católico el primero, y por entregarse el segundo á la vida de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1825 MONTERREY, MEXICO

raterías y emboscadas, quedó decretado que sus testimonios en el pleito que se debatía no podían tener valor ni efecto alguno.

Una vez en posesión de sus contestados títulos, Rolando se creyó seguro de no perderlos nunca más. Toda nueva contestación que hubiera podido producirse habría parecido pueril é ilusoria. Una sentencia del Parlamento no podía ser anulada sino por nueva sentencia del mismo, cosa difícil de obtener teniendo en cuenta que los jueces no gustaban de que pudiera decirse que se habían equivocado al juzgar.

El joven caballero que de este modo hartó precario acababa de ganar su pleito, era en realidad un buen mozo de porte aristocrático y aires de gran señor. Cierto que el color de su cara resultaba demasiado moreno á primera vista, dándole cierto parecido con los jefes de determinadas tribus nómadas que visitan periódicamente todos los países; pero en tal circunstancia podía verse una prueba más de la autenticidad de su origen, puesto que la sangre de los Armañacs hubo de mezclarse á la de los moros en tiempos de la invasión sarracena.

Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que si su fisonomía resultaba algo agitanada, brillaba en ella la inteligencia. La cabeza era hermosa, cubierta por negrísima cabellera que terminábase ¡cosa extraña! por un mechón, colocado sobre la frente en forma de conca. Es casi seguro que la indicada mecha debía tener como misión la de ocultar algún defecto, pues en realidad de verdad, lejos de aumentar la simétrica belleza de la frente, lo que hacía era deslucirla.

La nariz, modelada con valentía, afectaba la forma de un pico de buitre. Las pupilas, de mirada lánguida por momentos, y llameantes en otros, parecían indicar que su galante propietario, más que un enamorado era un amador, uno de esos hombres fascinadores que llevan el incendio al sagrado de los corazones inocentes, y que se retiran luego tan tranquilos, sin apagar, sin tratar siquiera de amortiguar las llamas por ellos levantadas, ajenos en absoluto al mal que ocasionaron.

Terminaremos este retrato describiendo la boca del caballero Rolando. Era delicada, menuda y tan bien y tan elegantemente provista, que sin el sedoso bozo, que sombreaba el labio superior, hubiérase podido creerla una boca femenina. Cuando el joven se observaba, sus labios se plegaban, dibujando una sonrisa verdaderamente infantil; pero un hábil observador no habría dejado de percatarse de que la sonrisa de niño ocultaba el formidable rictus de una bestia carnícora.

Por lo que de Rolando hemos dicho, considerándolo bajo el punto de vista físico tan sólo, podrá creer el lector que se trata de un tipo muy diferente á Bernardo de Arma. Y el lector se equivocará lastimosamente si tal cree. Porque es de advertir que ambos jóvenes se parecían de un modo extraordinario. Aparte ciertas asperezas morales, que daban á cada una de sus cabezas el carácter que le era propio, y aparte sobre todo de la mecha, característica del duque, su semejanza física era, como hemos dicho, sorprendente. De tal modo perfecta, que desde que entrara en el salón el hermoso Rolando, Sed de amor, estupefacto, absorto, perma-

neecía en contemplación ante aquel hombre de quien hubiera jurado ser una reproducción de sí mismo, si aquella reproducción no se hubiese hallado cubierta de un magnífico traje de seda recamado de oro, mientras que él sabíase vestido de grueso paño y de cuero solamente.

Tan absorto estaba nuestro pobre hambriento en la contemplación de lo que á él le parecía una maravilla, es decir, en la de su propia cara en un cuerpo de cortesano, que había olvidado todo en un momento: Solange, los asesinos, el gran marqués prisionero, los miñones, las miñonas, el porqué de su presencia en aquel sitio, y hasta las dolorosas reclamaciones de su estómago, que procuraba, aunque en vano, recordarle que la naturaleza tiene horror al vacío.

Pero los acontecimientos que se produjeron enseguida, sacándole de su abstracción enfermiza, le llamaron al punto á la realidad del momento presente.

La primera de los allí presentes en festejar la presencia de Rolando fué la condesa Ayela, lo cual se comprenderá cuando digamos que era su amante, sin que ninguno de los allí presentes ignorase esta circunstancia. Luego, con cortesana impertinencia, el hermoso don Juan estrechó débilmente algunas manos, pellizcó un brazo femenino, puso sus ensortijados dedos en un talle como con ánimo de oprimirlo, y habiendo atravesado los grupos, se dejó al fin caer sobre un diván, invitando á de Entragues á que se sentase junto á él.

Hízolo así el conde, y entonces pudo Chicot abandonar su escondite, dejando en libertad á la Pulpa, la

cual, desembarazada del enano, se retiró enseguida.

Rolando tomó en aquel punto la palabra.

— Habéis de saber, gatitas mías, — dijo — que acabo de ver hace un momento dos caras patibularias... No hagáis por Dios mucho ruido, porque aun cuando otra cosa parezca, es lo cierto que estoy empollando una enfermedad perniciosa.

— ¿ Tú enfermó ? — dijo alguien con tono de duda, añadiendo enseguida de Entragues :

— Explicanos esa charada.

— Querido Entraguet, — así llamaban sus amigos en la intimidad á Carlos de Balzac, segundo conde de Entragues, para diferenciarlo de su primogénito Francisco, — querido Entraguet, la enfermedad que empollo es tanto más antipática cuanto que sus manifestaciones exteriores, lejos de excitar la conmiseración de las gentes, lo que hacen es obligarlas á un número considerable de estúpidas felicitaciones.

— ¡ Singular enfermedad esa de que hablas ! ¿ Puede saberse qué nombre tiene ?

— Un nombre horroroso.

— ¿ Horroroso ? Supongo que no estarás amenazado de la rabia...

— Eso quisiera yo ; porque después de todo un hombre rabioso tiene un ataque, se ahoga en un momento, y nada más. La cosa es rápida, cómoda, mientras que el matrimonio...

— ¡ Ah, vamos ! — dijo el coro de miñones estupefactos.

Ayela interrogó furiosa :

— ¿Cómo es eso, pretenden casarte? Me parece bien. ¿Y yo? ¿Qué haré yo?

— Tú, hermosa, después, como ahora y como antes, serás el centro de mis alegrías, mi dulce compañera, mi amante idolatrada.

— ¿Pero por qué casarte? preguntaban algunos.

Y Rolando, con gran desparpajo, con tono desenvuelto, casi cínico, respondía:

— ¡Yo qué sé! ¡Son cosas de la política!

— ¿Y Su Majestad lo tolera?

— ¿Quién? ¿El rey? ¡Ah, pobres inocentes! Ni siquiera se lo han consultado; con él no se cuenta para nada... Acabo de deciros que se trata de negocios de alta política.

Los concurrentes se miraban asombrados unos á otros. La política, de la que se hablaba por primera vez en aquel cenáculo, pareciales una recién llegada hartamente ambiciosa.

Con este motivo generalizóse un momento la conversación. Sólo dos personas no tomaron parte en ella: Fiamma, y el joven cuyo nombre no hemos dado todavía. Juan du Gaz, caballero de la Rougie, habíase agregado al servicio del rey desde el día en que Enrique III, desertando su trono de Polonia, había pasado por Lión para regresar á París.

Juan du Gaz formaba parte del grupo de los niños, por más de que, en secreto, un amor violento atormentaba su corazón, que era más blando de lo que el interesado quería aparentar. Adoraba el hombre á Fiamma. Y he aquí que de pronto, cuando menos él lo

pensaba, la hermosa joven que hasta entonces se mostrara esquiva, insensible á sus miradas, dábale de pronto, aquella noche, á escuchar con caritativa complacencia las melosas palabritas que él depositaba en su oído, sin dejar de beber aún más que de costumbre, con el único objeto de que no le abandonase el valor en su temeraria enamorada empresa. Y Fiamma azucaraba el vino del tímido enamorado, y aun llevaba su complacencia hasta el punto de agitar el brebaje con su dedo nacarino, por lo que Juan du Gaz era de parecer de que tras cada una de las inmersiones del divino dedo adquiría la bebida increíble y exquisito gusto de regalada ambrosía.

Tal era la actitud singular que Sed de Amor había observado desde su escondite, antes de que llegara al salón el duque de Saboya-Nemours. Luego... este personaje absorbió en absoluto toda su atención.